

## Comentario de “El monte Pincio en Roma”

Luis G. Ortiz, escritor de bellas letras, versos armoniosos y a quien el mismo Altamirano consideraba como quien introdujo el género de las crónicas en México, publicaba el año de 1869 en *El Renacimiento* la crónica “El monte Pincio en Roma”, que es capaz de trasladarnos hasta Roma, lugar donde narra los acontecimientos en su viaje por Europa, continente en el que estaba desde 1865, algo muy difícil de realizar para los escritores mexicanos, pues pocos eran los que tenían la oportunidad de hacer un viaje al Viejo Continente, y más esa cantidad de tiempo.

Ortiz en su artículo inicia que vio distintos paisajes hasta llegar a los verdes valles suizos. Al llegar a la ciudad italiana, antes de visitar el monte Pincio, describe a los trabajadores, hombres, mujeres e infantes agobiados por sus labores y quienes estaban bajo una cruel estructura laboral, mencionando con cierta ironía cómo estaba esta situación de miseria a las puertas de la ciudad donde se encontraba el Papa. Recordemos que este escritor era un liberal, fiel seguidor de la Reforma encabezada por el presidente Benito Juárez.

En la *Piazza del Popolo* empieza la descripción del monte Picio, lugar para pasear que es lo más destacado de la capital de Italia, comparándolo con distintos lugares de Europa como *Delicias* en Sevilla, la *Fuente Castellana* en Madrid y el *Bosque de Bolonia* en París. Ortiz describe las numerosas estatuas en aquel jardín, añade que el clima hace tan prolífera la vegetación y abundante el aroma de las flores, además de las frescas fuentes de agua que ahí se encuentran.

La belleza de aquel jardín es tan impresionante que, menciona nuestro viajero, se cree que es un reflejo de la libertad, la ilustración y civilización; sin embargo, la verdad es que aquel lugar sólo es un imaginario, pues el pueblo se encuentra en una situación de opresión por parte de las monarquías.

De modo que Luis G. Ortiz describe tal paseo con el propósito de criticar la forma monárquica de gobierno, sinónimo de la esclavitud, la degradación y la miseria, demostrando así su postura liberal y como veía a las monarquías, de la que México tenía dos años de haber terminado. La crónica termina con la escena de una triste princesa Carlota de Bélgica, quien fuera emperatriz de México durante el intento de establecer el Segundo Imperio Mexicano, que al final de la tarde intenta encontrar cerca de la fuente del monte Pincio un consuelo que, al igual que su cordura, jamás le llegará.